

UNA PROFESIÓN DIFÍCIL

Un tema recurrente hoy en día hace referencia a las grandes transformaciones de la sociedad contemporánea en sus distintas dimensiones. Vemos, cada vez con mayor frecuencia, cómo el sujeto de la disciplina y las certezas descrito por Foucault, se ve desplazado por el sujeto de la incertidumbre y la innovación; el mundo de los horarios regulados con espacios físicos determinados, es desplazado por la flexibilidad y la no ubicación que permite el mundo virtual; advertimos también cómo el futuro, y su eterna acompañante, la utopía, se ven opacados por la necesidad de mirar y vivir el presente frente al temor que produce una sociedad que podemos llamar del riesgo. La ética y la moral vuelven a ocupar un lugar trascendental, desplazando la discusión entre lo correcto y lo incorrecto para poner el centro entre lo posible y lo imposible, debate acompañado del fortalecimiento de posturas fundamentalistas intolerantes frente a una diversidad que se expresa cada vez con mayor fuerza.

Muchas son las interrogantes que surgen frente a este panorama; una central es la referida a la formación de profesionales en educación, ¿en qué medida el currículum que se diseña atiende a formar a esos futuros ciudadanos y profesionales del siglo XXI? En ocasiones parece que las afiliaciones identitarias docente y disciplinarias hacen muy difícil abrir y compartir una apuesta para enfrentar los retos que ello supone, se impone considerar, junto con las dimensiones económicas y sociales, la dimensión subjetiva que, por algún tiempo, se dejó de lado.

Con respecto a las tareas de investigación, puedo afirmar casi con seguridad, siguiendo a Isabelle Pourmir, que el campo de la investigación pública, sector de la producción de conocimiento, ha sido poco estudiado y que se vuelve urgente describir y analizar los mecanismos que podríamos llamar de “sufrimiento” de este oficio, que dificultan su capacidad creativa. La precariedad del empleo y de su remuneración, así como las condiciones en las que opera, la hacen una profesión difícil. El impacto

de la llamada excelencia intelectual y la flexibilidad del oficio, que de manera contradictoria hace casi incompatible la noción del tiempo libre, produce estragos de orden somático y psíquico entre quienes deciden optar, hoy en día, por la carrera académica buscando insertarse en este mundo laboral.

El joven aspirante a la profesión de investigador vive entre la rigidez inherente a la investigación científica y la “obligación” de encontrar resultados en tiempos muy restringidos; se debate entre la competencia ligada a la idea de la rentabilidad a corto plazo, la poca solidez de la producción científica y la carrera por la publicación; de manera paralela, padece la amenaza de no entrar o bien de salir del mundo de la ciencia y la excelencia, sujeto a un sistema de carácter meritocrático que, en ocasiones, dificulta su recorrido científico y frente a la ausencia significativa de ofertas de contratación factibles.

Mucho se ha alegado en torno a la dificultad de encontrar población joven entre los docentes e investigadores universitarios, barrera casi insalvable para transformar las tradiciones, rituales, prácticas y campos disciplinarios que definen su hacer. La riqueza que adquiere la sabiduría universitaria con miradas inexpertas pero poco temerosas al cambio y atrapadas en nuevas formas de ser en el mundo, no tiene posibilidad de generarse por la ausencia casi absoluta de nuevas contrataciones y de condiciones que hagan posible su inserción en el campo de la investigación científica.

Se abren así un conjunto de interrogantes con respecto a nuestra profesión y su campo laboral, que hoy están en la mesa del debate y que, en alguna medida, deben involucrarnos a todos.

AURORA ELIZONDO HUERTA, EDITORA